

ALFAGUARA



Frantz Delplanque

Un gramo de odio

Traducción de Paula Cifuentes

Los asesinos no suelen ser personas demasiado previsoras. Es un oficio en el que no se dispone de un plan de jubilación. No conozco a muchos que hayan abierto una cuenta de ahorros en el banco como medida para garantizar su vejez. Me imagino que nuestra esperanza de vida no suele ser tan grande, pero no existen estadísticas acerca del asunto.

Por lo que a mí respecta, conseguí hacer valer mis derechos ante mi jefe el día en el que entré en su despacho y le dije:

—Marconi, sé de su relación con el diputado Mendilahatxu. Y conozco a la mitad de los socios que trabajaron con usted en todos los crímenes que me ha ordenado a lo largo de mi carrera.

Lo flanqueaba Antoine, su hombre de confianza, alto, delgado y gris. Esculpido en un bloque de mármol funerario. Alguien espantoso.

—Jon Ayaramandi, ¿sabías que dispongo de más de veinte asesinos a sueldo que podrían hacerte callar para siempre?

Antoine había puesto su mano sobre el corazón. Cerca de la pipa. Le respondí:

—Ya he pensado en ello, señor. Pero escuche antes lo que tengo que decirle. He cometido treinta y dos crímenes. De ellos, treinta y uno fueron para usted, treinta y un crímenes perfectos. Poseo una crónica escrita de todos y cada uno. Y he encontrado a un editor que esperará a que yo muera para publicarla. Se titulará *Yo fui uno de los asesinos de Marconi*. Y la tiene grabada en un disco duro tan inalterable como el acero.

Marconi me sonrió con suavidad.

—Tampoco le diste muchas vueltas al título.

Me pareció que Antoine se relajaba, todo lo que puede uno relajarse cuando se está tallado en mármol. Creo que incluso suspiró de alivio. Puede que peque de cándido, pero me gusta pensar que le habría dado pena tener que convertirme en cadáver. Estreché la mano de ambos y les dije:

—Entonces sólo nos queda rezar para que viva mucho tiempo.

Después, Marconi me insiste en que le envíe un ejemplar del manuscrito.

—Para saber al menos por qué he pagado.

Haber sabido cuándo dejar de trabajar es la única cosa inteligente que he hecho en toda mi vida. Y es sin duda la más original. Es también lo que me distingue, si no del resto de los mortales, sí del resto de asesinos.

Me instalé en Largos, junto a la vía del tren, en una antigua zona obrera que se había transformado en un barrio residencial.

De mi hogar se podría decir que es discreto, con cierto encanto y antiguo. Estos tres rasgos, por cierto, también pueden aplicarse a mi modesta persona. Y, para terminar con la comparación, habría que añadir los de sobrio, cómodo y funcional.

Apenas pago ochocientos euros al mes de alquiler. A mi edad ya es demasiado tarde como para pretender ser propietario de nada.

El río Adour y la zona industrial están al final de la calle.

Y el bosque y la playa, a veinte minutos a pie. El mar mete tanto ruido cuando sopla el viento del oeste que ni siquiera logro oírme rumiar mis malos pensamientos.

El aire yodado está cargado de restos de hidrocarburos y metales pesados, entremezclados con los efluvios

de los pinos y de los brezos que provienen del bosque landés.

Mi barrio posee su propio centro, la plaza de los Mártires de la Resistencia: una parada de autobús, una pizzería, un comercio y un local de apuestas con cafetería. Todos los barrios de Largos parecen haber sido sacados del mismo molde. Se parecen a los barrios del ensanche (lo que remite a las clases altas, ¿no?), y de hecho podría considerarse uno de ellos. Los antiguos barrios terminaron por fusionarse con los nuevos a fuerza de extenderse. Y finalmente configuraron Largos: con sus diecisiete mil habitantes, una única carretera general y un barullo de barrios, urbanizaciones, bosques, dunas, estanques, supermercados, tiendas de muebles, bares y restaurantes chinos. Y todo fundido con los pueblos de los alrededores.

En resumen: una megaciudad rural-urbana con una larga playa a uno de sus lados, una enorme extensión de agua salada sacudida por las olas. Nuestro Los Ángeles rural particular.

La media de edad es la más elevada de la provincia debido a los obreros retirados y la gran cantidad de parados de larga duración. La mayoría de sus habitantes padece de una maravillosa falta de ambición.

Como se decía antaño:

¿Qué más puede querer el populacho?

Tengo sesenta y ocho años, pero del tipo:
—¡Vaya! ¡No los aparenta en absoluto!
La peluquera. Una chica guapa. Fui a verla ayer. Al salir le di propina.

—¿Cuál es su secreto?

¡Mira que me dio coba!

—Practico artes marciales desde los dieciocho años. Entonces nadie se atrevía a hacerlo. Fui un pionero del kung-fu.

—¡Vaya! Usted sí que debe de saber pelear.

—Ajá.

—¡Vaya!

—Y todas las mañanas me baño en el mar. No importa la época del año. Ya sea en verano o en invierno.

—¡Vaya! ¿Incluso cuando hay tormenta?

—Ajá.

—¡Vaya!

Observaba nuestro reflejo en el espejo. Su ombligo adornado con un piercing justo al nivel de mi cara. Parecía que me dirigía a su vientre. Encendió el secador y aprovechamos para callarnos. Al secarse, mi pelo se iba volviendo de un blanco resplandeciente. Justo antes de aquello, había estado haciendo mis ejercicios de meditación en las dunas, cerca del barracón donde se reúne gente sexualmente motivada, incluso a plena luz del día. Entraban y salían de allí como de la iglesia a la hora de la misa. Sobre todo había hombres. Esas cosas no sucedían cuando yo tenía veinte años. Tuve ganas de decirle a la peluquera: «Si usted supiera cómo ha cambiado el

mundo, señorita». Pero me hubiera tomado por un viejo imbécil.

—¿Cree que debería afeitarme la perilla?

—¡No, no! Le queda bien. No está muy de moda. Pero le favorece.

Resulta increíble la capacidad de algunas chicas para hacerse querer. Ya en el mostrador, le puse un billete de diez euros en la mano. Se le iluminó la cara, y me abrió la puerta mientras me dirigía una última sonrisa.

—Sin embargo, si yo fuera usted me desharía de esa vieja gorra de capitán Haddock.

Apuesto a que tiene un ángel tatuado en una nalga y un diablo en la otra.

—¿Es un poco hortera?

(Yo no dudaba de que lo era.)

—Es *totalmente hortera*, si me permite el comentario. Sobre todo con el tiempo que hace.

Es cierto que mi cabeza se sobrecalentaba bajo la gorra. Pero con tal de tener el aspecto de un viejo marino jubilado estoy dispuesto a cualquier sacrificio.

Este año el océano está especialmente agitado. Un socorrista me ha contado que las pérdidas del verano han alcanzado récords históricos. Desde que comenzaron las vacaciones se han ahogado decenas de veraneantes, y sólo estamos a 8 de agosto. La culpa la tiene el cambio climático. La erupción del volcán islandés, cuyo nombre soy incapaz de recordar, en algo habrá influido también.

Pero bueno, eso a mí me da igual. Me encantan las olas grandes. Me suelo bañar antes de la apertura oficial de la playa, cuando no está vigilada. A veces me cuesta volver a la orilla. Pero siempre consigo salir. ¿Son los imprudentes los únicos que mueren? Yo diría más bien que son los que suelen salir vivos.

Me sequé con la toalla que Perle me había dado. Quería preguntarle a la mujer que acababa de instalarse

a pocos metros de mí y que se echaba crema por todas partes si había visto mi toalla de Kenzo. A lo que habría añadido: «¿Ha observado lo bien que nadaba dentro de esos tubos gigantes? ¿Ha visto cómo cogí la última ola por lo menos durante veinte metros?».

Desde que me jubilé, me encuentro en uno de los periodos más pueriles de mi vida. Casi podría decir que he recuperado la inteligencia de mis catorce años, cuando todo era puro instinto y felicidad.

Desgraciadamente, este estado de placidez no podía durar. ¿Han oído alguna vez hablar de la ley de Murphy? No fui yo quien la inventó. De pronto llegó a mis oídos taponados por el agua del mar el sonido de una samba atenuada, como si saliera de una lata de conservas. La chica se arrojó sobre su mochila y sacó un teléfono móvil.

—¿Sí? Un segundo, no te oigo.

Se levantó y fue hacia el Cap'tain. Los esfuerzos que realizaba para andar en la arena torneaban los músculos de su culo de un modo espléndido. Era rubia, estaba como un tren y tenía la piel blanca, aunque poco tardaría en adquirir un tono dorado. Estaba como un cañón digno de figurar en el ejército de Putin.

—¿Dónde estás?

Un tipo le hacía señales desde la duna.

—Ah, sí. Ya te veo.

Pues sí, yo también lo veía. No estaba ni a cincuenta metros de distancia. Me dan asco los teléfonos móviles.

Mi cerebro es demasiado sensible a las ondas magnéticas.

Tras el baño matinal, me dirigí a la plaza de los Mártires de la Resistencia para tomar un café en el local de apuestas.

Crucé por la vía del tren. Es un ritual. Los raíles serpentean entre los jardines de las casas. Por ellos sólo circulan trenes de mercancías y el tren regional. Un lugar hermoso. El balasto huele a metal y a carbón. Este atajo (prohibido) que sólo toman los golfillos me recuerda a un parque de atracciones abandonado.

En el mundo en peligro en el que vivimos, un mundo en el que todo tiene que estar bajo control y en el que resulta difícil salirse de la ruta trazada, un cruce de caminos supone un respiro, un pedazo del paraíso en la Tierra que debemos conservar. El mundo es como un jarrón roto de valor inestimable pero del que únicamente quedan unos pocos fragmentos. Sólo algunos conocedores les prestan atención, y podríamos considerarlos una especie de arqueólogos anticipados. Yo pertenezco a esta categoría de iluminados.

Cuando paso por el jardín de Perle, tres casas más allá de la mía, siempre echo un ojo. A veces ella ya está despierta y nos saludamos con la mano. Pero en la mayoría de las ocasiones las contraventanas siguen cerradas. A su edad, cuando se tiene toda la vida por delante, a nadie le gusta levantarse temprano. Tiene cuarenta años menos que yo (y redondeo por lo bajo), pero nos llevamos bien. Me la imagino desnuda en la ducha mientras se enjabona. Después me contengo y me la imagino mientras prepara el desayuno de Luna con una caja de cereales en la mano. Es más

conveniente para una madre ejemplar. Sobre todo cuando ella se considera casi mi hija adoptiva. Desde el día en que le permití seguir con vida. Lo contaré más adelante.

Esa mañana no se había levantado y me quedé con los brazos colgando, con la frustración de no haber podido saludarla. Tengo demasiado que recuperar en el terreno afectivo. Ya no me gusta la soledad como antaño. Cuando era asesino profesional no hacía ese tipo de cosas, como saludar con la mano a alguien conocido o celebrar la aparición de alguien querido.

Únicamente un día en mi vida anterior sentí en una ocasión lo que se dice «un impulso de confraternizar».

Estaba cenando en la terraza de un hotel de montaña con un colega asesino, un tipo oscuro que se llamaba Couture, como el cantante, cuando la tierra comenzó a temblar. Fue una sacudida que duró apenas unos segundos, pero tan brutal que nos arrojó al suelo. Nos tiró de nuestras sillas y puso la mesa patas arriba. Una nube de polvo se elevó en el valle. Y cuando por fin desapareció, pudimos medir la dimensión de los daños. El pueblo se encontraba en el epicentro de un seísmo de gran magnitud. Todo se había derrumbado. Incluso la iglesia.

Mi colega y yo estuvimos toda la tarde socorriendo a los heridos y levantando piedras y restos para ayudar a los supervivientes a salir de los escombros. Escuchábamos gritos atroces. Encontrábamos personas con la cabeza y los miembros fracturados. Pero la gente a la que ayudábamos a salir nos lo agradecía entre sollozos. Y ayudé a un niño que cojeaba a encontrar a sus padres.

Durante mucho tiempo, consideré que había sido el día más hermoso de mi vida.

Nunca creí que me encontraría a un antiguo compañero en el local de apuestas de Largos.

No podía considerarse un bar sospechoso. De hecho, era un sitio casi para abuelos —e incluso para abuelas—. Los

rebanadores de cuellos se encuentran más bien por Saint-Espirit, junto a la zona industrial. Mucho vaivén, con la casa de apuestas y el estanco, como para que la gente con demasiado sobre su conciencia pueda instalar allí su guarida.

¡Pero ahí estaba! Me saludó sin esbozar la más mínima sonrisa, levantando discretamente la mano. Yo hice lo mismo. Los asesinos suelen ser gente solitaria. No se los conoce ni mujer ni hijos. Y si tienen amigos se cuidan mucho de pasar el rato con ellos. No necesité hacer mucha memoria para recordar su nombre.

Burger.

Y yo que estaba deseando saludar a alguien...

Tras el saludo procuramos no mirarnos. Me sumergí en la lectura del periódico. Una vieja y célebre actriz acababa de denunciar al cirujano que había fracasado en la remodelación de su rostro. Por caridad no diré de quién se trata.

Aun así lo miré, sólo un vistazo, como quien no quiere la cosa. Removía con una cucharilla el azúcar en su taza de café. Tenía exactamente la pinta de lo que era: un asesino a sueldo, cruel y sin escrúpulos. Cómo puede la gente no darse cuenta de nada. ¡Hay que aprender a reconocer a los que se ganan la vida abreviando la de los demás!

Menudo declive había sufrido. ¿Tendría yo también ese aspecto de viejo desagradable y anguloso? Su chaqueta estaba tan arrugada como su cara de asesino. Ninguna clase. Sólo estupidez y maldad. *Totalmente hortera*, como diría mi peluquera.

Durante mucho tiempo pensé que el hecho de asesinar a alguien te colocaba automáticamente en una situación de superioridad respecto al común de los mortales.

Ni de coña.

El mejor ejemplo era la pinta que llevaba, con el traje arrugado y con restos de sal.

El tipo acababa de regresar de una misión y la había realizado como un animal.

*No hay nada más infame que una mala hamburguesa,
además de los nuggets de pollo arenosos.*

Encuesta de satisfacción entre la clientela
de un establecimiento francés de comida rápida.

Conservo un recuerdo preciso de mi primer encuentro con Burger a finales de la década de los ochenta, hace ya casi veinte años (quién lo diría). Marconi me dijo:

—Te va a encantar.

No hice ningún comentario ni ninguna pregunta. Como mi actitud le decepcionó un poco, se vio obligado a añadir:

—Con un poco de suerte, quizá no tengas ni que escuchar su voz.

—Mmmm.

Éramos tres: él, el conductor y yo. La misión consistía en poner fin a los sufrimientos existenciales de un viejo matrimonio que vivía en lo más recóndito de las Landas. Sumaban cerca de ciento noventa años entre los dos, según Marconi.

—Casi una misión humanitaria.

Una tempestad acababa de sobrevolar el bosque. Había destrozado un pino de cada dos. El Mercedes esquivaba los árboles derribados por la estrecha carretera hasta que un tronco mayor que los demás, atravesado en mitad del camino, nos obligó a detenernos. Los trabajadores de la Dirección Regional de Equipamiento, con sus chalecos fosforitos, se afanaban sobre el árbol con sus sierras.

El conductor puso un casete de Minimal Compact. Tenía unos veinte años, la misma edad que tenía yo cuando empecé, y era muy *cool*. Bajé la ventanilla. Olía a humedad y a savia.

—Joder —dije—, la vida es bella.

Debo reconocer que adoraba mi trabajo. El conductor me dio la razón.

—Tienes razón. Hay algo especial. Como si los elementos estuvieran de nuestro lado.

Burger dijo:

—Qué peligro tenéis.

Una hora más tarde nos encontrábamos parados frente a una hermosa casa aislada. Era una antigua granja landesa reformada, al final de un camino de arena. Piscina en el granero, horno tradicional, gallinero, un césped impecable y árboles centenarios. Los vecinos más cercanos debían de encontrarse a kilómetros de distancia. Marconi nos había dado la llave. Le dije a Burger:

—Vamos a entrar por la puerta. Su habitación está al fondo a la izquierda. Os recuerdo que su muerte debe parecer natural.

No es tan sencillo cuando se trata de la muerte al mismo tiempo de dos individuos, aunque éstos sean mayores. Pero la *muerte natural* era mi especialidad, y por ello Marconi me había confiado a mí el desarrollo de la misión.

Hacerles tragar una dosis muy alta de somníferos hubiera sido demasiado peligroso, ya que siempre puede haber vómitos. Por eso preferí la electrocución.

—¿Electrocución?

—Sí. Electrocución.

El secador que cae dentro de la bañera. Un clásico.

Como Burger no parecía muy convencido, le dije:

—Al parecer siguen tan enamorados como el primer día. A nadie le resultará extraño que se hayan tomado un baño juntos.

Sólo quedaba saber si la bañera se encontraba lo suficientemente cerca de un enchufe. Y la respuesta fue afirmativa, como siempre.

—A los investigadores de la policía no les interesan los accidentes domésticos en los que están implicados viejos —aseguré. Y añadí—: Demasiados viejos en esta región.

Transporté a la momia del marido hasta el cuarto de baño. Apenas se despertó cuando le quité el pijama en el suelo.

—Pero, señor, ¿se puede saber qué hace?

—Soy su nueva enfermera. Y necesita un baño para que le baje la fiebre.

A Burger le costó más llevar a la vieja. Le mordió en la oreja. Le dolió tanto que se le saltaban las lágrimas.

—Mierda de vieja —bisbiseó él mientras se frotaba la oreja.

Tras lo cual la tiró al agua vestida y se dispuso a ahogarla.

—¡Que no le entre agua en los pulmones! ¡Coño!

Un tipo al que se le encarga un crimen perfecto y deja su sangre en las toallas, rompe el pijama de la víctima y se dispone a ahogarla... es lo que yo llamo un mal profesional.

Finalmente conseguimos montar el escenario.

El secador cumplió su misión antes de expirar. Puse la toalla en la lavadora con el pijama tras regarlo con lejía. Sólo nos quedaba esperar a que finalizara el programa de lavado mientras observábamos la noche estrellada.

La tempestad había dejado tras de sí un hermoso olor a lluvia, a océano embravecido y a pinos sacudidos o rotos.

El chico se despelotó y se tiró desnudo a la piscina. Burger y yo nos bebimos un vaso de whisky mientras observábamos el culito blanco que salía y volvía a sumergirse en el agua. Los viejos a los que acabábamos de liquidar tenían una bodega muy bien surtida. Oía el ruido que hacía Burger al agitar los hielos de su vaso.

—Buenas nalgas —dije yo.

Aquel joven era más atractivo que una chica de veinte años.

Después lavé con cuidado los vasos y regresamos por el mismo camino. El chico creyó que me estaba descubriendo a The Wolfgang Press.

—Conozco todos los discos de la discográfica 4AD, tío.

Yo había cumplido ya más de cuarenta años, pero ¡joder, cómo me gustaba la música de los jóvenes! Nos preguntó si habíamos visto *El cielo sobre Berlín*.

Burger se limitó a contestar:

—No nos tomes el pelo, chico. Estás aquí para conducir, no para enseñarnos nada.

Muy bien contestado, Burger. Qué elegancia.

Marconi nos esperaba.

Sus mejillas y su papada eran todavía modestas, pero ya representaba bien el papel de «sé de qué pie cojeáis y yo soy peor que vosotros».

—Acabáis de hacer muy feliz a cierto heredero —nos dijo.

Rara vez nos daba información sobre el móvil del crimen o quién se lo había encargado. Me lo tomé como un signo de confianza. Podía deducir de aquello que, a su manera, Burger era un buen profesional. Marconi no solía equivocarse en estas cuestiones. Hubo un silencio que el chico y yo intentamos llenar con una sonrisa.

—No quiero saberlo —dijo Burger.

—Relájate, Burger. Uno puede ser un buen asesino sin tener por qué ser pomposo o fúnebre.

Sobre el autor

Frantz Delplanque se ha dedicado a la gestión cultural en distintas ciudades de Francia, y hoy en día es responsable de Cultura en el ayuntamiento de Montpellier. Antes de decidirse a escribir, fue un lector voraz. Nick Hornby, Bret Easton Ellis, Tarantino y Quim Monzó son algunas de sus influencias. *Un gramo de odio*, su primera novela, conquistó a miles de lectores y a la crítica francesa. Actualmente está trabajando en su segundo libro, con Jon Ayaramandi de nuevo como protagonista.